

Gregory Benford

ARTEFACTO



En unas excavaciones arqueológicas griegas, en una antigua tumba micénica, es descubierto un curioso artefacto: un cubo de piedra caliza negra, con un adorno de ámbar parecido a un cuerno en su parte delantera, tres líneas de inscripciones, y una tablilla de marfil que muy bien puede ser un mapa. Pero lo más curioso es que el cubo, en una tumba perteneciente a una civilización que depositaba a la vista todas sus ofrendas a los muertos, está oculto tras gruesos bloques de piedra...

Mientras, la situación política en Grecia esta cada vez más alterada: un partido único, controlado por los militares ocupa el poder; se produce la salida de la OTAN, y un acercamiento al bloque soviético; la guerra con los turcos es inminente...

En medio de este entorno de inseguridad, el equipo arqueológico estadounidense intenta estudiar, cada vez más perplejo, el sorprendente hallazgo. Y las circunstancias, por extraños derroteros, llevarán, tras muchas vicisitudes, a los investigadores a una sorprendente conclusión: dentro del artefacto hay algo completamente fuera de lugar: una partícula extraña, una especie de singularidad; y esa singularidad tiene un gemelo perdido en alguna parte, buscándola incesantemente; y, en el momento en el que por fin se encuentren, puede producirse una terrible hecatombe...

Presentación

Quien haya leído alguna de las novelas o relatos cortos de Gregory Benford no se sorprenderá de saber que es profesor de física en la Universidad de California en Irvine. Toda su obra respira su pasión por la ciencia y por el mundo científico, y se encuadra en lo que se denomina *hard sf*, ciencia ficción dura, de base eminentemente científica, hasta el punto de ser considerado por la crítica y muchos sectores del público como el sucesor de Arthur C. Clarke.

Nacido en 1941, Benford se graduó en 1963 en la Universidad de Oklahoma, y obtuvo en 1967 su doctorado en la misma Universidad de California donde ahora enseña. Apasionado desde joven a la ciencia ficción, editó durante algunos años un fanzine, *Void*, en colaboración con otros nombres conocidos de la ciencia ficción, entre ellos Ted White y Terry Carr. Su primer relato, «Stand-In», ganó el segundo premio de un concurso de la revista «The Magazine of Fantasy and Science Fiction», y apareció en ella en 1965.

Sin embargo, hasta los años ochenta su producción fue más bien escasa. Fue la aparición de su novela *Cronopaisaje* (Timescape) la que lo lanzó de golpe a la cúspide de la fama. Considerada como una de las mejores novelas de ciencia ficción de los últimos veinte años, *Cronopaisaje*, su fama en los Estados Unidos fue tal que una de las más conocidas editoriales del género puso al poco tiempo su título, «Timescape», como nombre de una de sus más prestigiosas colecciones de ciencia ficción.

Además de esta obra, de imprescindible lectura, en España han aparecido también sus novelas *Contra el infinito*,

un profundo estudio sobre la colonización de Ganímedes, y *En el océano de la noche*. Un hecho curioso a destacar en Benford es que tiene un hermano gemelo idéntico, James, en colaboración con el cual ha escrito algunos de sus relatos.

Domingo Santos

Para Eloise Nelson Benford

PRÓLOGO: GRECIA [c. 1425 a.C.]

Enterraron al gran rey cuando el crepúsculo estriaba de carmesí el horizonte occidental.

Los hombres santos estaban colocando el aceitado y encerado cuerpo dentro de la tumba. La procesión hizo una pausa. Un halcón trazó sus espirales en lo alto, planeó, luego picó hacia su presa. El poblado allá abajo era una desordenada mezcolanza marrón. La gente estaba en las calles, contemplando el zigzag de las antorchas que ascendían la colina.

Dentro, el grupo ritual estaba encerrando entre las paredes de la tumba la piedra rigurosamente tallada. Era un objeto milagroso..., zumbando, emitiendo un incesante resplandor fantasmal por el ambarino ornamento. La residencia de un dios o de una bestia demoníaca.

Algunos de los componentes de la procesión decían que debía ser conservada, adorada, no enterrada con el rey. Pero el rey había ordenado que fuera colocada en la tumba. Para proteger a su gente de la terrible muerte de fiebre y ronchas, había dicho.

De pronto, un grito hueco. Conmoción en la tumba. Los hombres aparecieron corriendo por debajo del alto dintel, los ojos blancos, las bocas abiertas.

—¡La muerte brota de la piedra! —exclamó uno de ellos.

Gritos desgarrados.

—¡Cerrad la tumba! —ordenó con voz fuerte un sumo sacerdote junto a la entrada.

Pesadas puertas de madera giraron hacia dentro.

—¡No! ¡Mi hijo aún está ahí!

—¡Ya no hay tiempo! —chilló el sumo sacerdote—. ¡Aquellos golpeados por la piedra deben ser abandonados!

—¡Mi hijo, no puedes hacerlo!

—¡Selladla! ¡Ahora!

Las masivas puertas se cerraron con un golpe sordo. Los sacerdotes colocaron en su lugar las gruesas barras de hierro. Luego los equipos que aguardaban arriba empezaron a llenar el largo vestíbulo de la entrada con arena, tal como había sido planeado..., pero ahora paleaban frenéticos, impulsados por un negro miedo.

El sumo sacerdote descendió tambaleante la colina, los ojos alocados, gritando a la multitud reunida:

—Los hombres estaban colocando la losa protectora en su lugar cuando ocurrió. Se apresuraron, sellaron la losa con mortero. Pero algo... —Jadeó—. Así es mejor. Ahora todos se han ido de entre nosotros. La gente está a salvo. Como nuestro rey deseaba.

Los equipos de trabajo encima de la tumba llenaban frenéticos la entrada, arrojando los preparados montones de arena al estrecho pasadizo profundamente excavado. Pronto el paisaje no parecería más que una colina ordinaria, sin ningún rastro de la tumba.

—¡No! ¡Por favor! Te lo suplico, ábrela sólo un momento. Sacaré...

Una agotada sabiduría llenó el arrugado rostro del sacerdote.

—La cosa ha vuelto al submundo, allá donde el rey la encontró. Debemos dejarla ahí. No volverá a hacer daño a ningún hombre.

PRIMERA PARTE

1

Desde las profundidades de la tumba apenas podían oír el ruido del vehículo que se acercaba.

—Será Kontos —dijo George, dejando a un lado sus calibradores.

—No suena como su coche. —Claire tecleó cuidadosamente, poniendo el inventario de su ordenador en espera.

—¿Qué otra persona puede venir hasta aquí? ¿Ese imbécil del sindicato?

—Posiblemente.

—Vamos. Apuesto a que es Kontos.

—Espera un segundo.

Claire cortó el programa de inventario. Estaba comprobando los últimos números de catálogo de los restos cerámicos con la copia de impresora del registro, un trabajo tedioso. El inventariador de campaña era una maravilla de la técnica..., un cargador cilíndrico de microdiscos insertado en el teclado portátil. Con apenas el tamaño de un vaso de agua, contenía el resultado de seis meses de datos arqueológicos.

Se sacudió las manos y cruzó el dintel del enorme portal de piedra al sol de media mañana. Cada día era ahora lige-

ramente más frío que el anterior, y pensó con añoranza en el verde emparrado a lo largo del río Charles, las silenciosas e inmóviles aguas y los ásperos ladrillos rojos. Estaba cansada de los colores de Grecia, por intensos y exóticos que fueran. Tierra adentro, los jóvenes cipreses parecían querer apuñalar el cielo. La calurosa bruma del verano había desaparecido, y podía ver con toda claridad los distantes y áridos cañones que descendían hacia el Egeo. Secos lechos fluviales excavaban curvas de un color blanco hueso en la espina dorsal de cada cañón, brillando como desechadas pieles de serpiente.

Muy arriba, un halcón se dejaba arrastrar por las corrientes térmicas que ascendían del mar. Protegiendo sus ojos contra el resplandor, pensó en lo irrelevante que debía parecer el estrecho valle desde allá arriba..., colinas tostadas y reseca por los vientos, él emparrillado gris de las excavaciones greco-americanas, las amarronadas rodadas de los senderos labiados por los equipos de excavación, todo ello bordeando una extensión de mar color azul acero. O quizás el halcón se deslizara sobre todas aquellas señales con suprema indiferencia, casi como cuando las paredes de piedra albergaban una viva y vibrante raza. Los esfuerzos de los hombres debían parecerle como mero ruido de fondo desde allá arriba, comparados con el chillido y el frenético movimiento de sus presas.

El halcón se inclinó e inició una espiral descendente, su atención fija en sus propios intereses.

Echó a andar por el rocoso sendero descendente. Un jeep frenó ruidosamente y se detuvo a unos cientos de metros de distancia, donde el

camino de tierra desembocaba en el campamento de trabajo. Una nube de tostado polvo lo envolvió.

—Así que ha conseguido un pequeño y pulido jeep — dijo Claire.

—El coronel está siempre a la moda.

Mientras descendían, oyeron una rápida y agitada charla. Por su tono ella identificó al doctor Alexandros Kontos, el codirector griego de las excavaciones, mucho antes de reconocerle de pie al lado del jeep. Hablaba rápida y furiosamente con el «encargado del campamento», una curtida figura muy morena que permanecía de pie ante él y aguantaba la andanada sin siquiera pestañear.

Kontos no alzó la vista hacia Claire y George mientras éstos descendían el último tramo por entre las pocas tiendas que quedaban en el campamento y se acercaban al jeep. Claire no podía seguir todos los coloquialismos y la rápida jerga que brotaban de la boca de Kontos, pero resultaba claro que culpaba al encargado del campamento de la ausencia de los trabajadores manuales. El blanco de sus iras se limitó a encogerse de hombros, explicando que los hombres o bien estaban metidos en los cada vez más abundantes mítines y manifestaciones políticas, o temerosos de trabajar para los americanos por miedo a ser reprobados por sus amigos, o ambas cosas.

Kontos dio una exasperada palmada contra el jeep.

—¡Haga que vuelvan! —gritó en griego. Entonces vio a Claire, y su actitud cambió bruscamente—. ¡Ah! La encantadora Claire. Espero que la ausencia de esos ignorantes campesinos no le haya traído problemas.

—En absoluto. Ya no quedaba mucho por hacer cuando...

—Excelente. Están ocurriendo grandes cosas en Atenas, y en estos momentos no vamos a tener mucho tiempo para ocuparnos de esto. Es estupendo que puedan seguir por sí mismos.

—¿Qué cosas? —preguntó George.

El rostro de Kontos se alteró cuando se volvió hacia George, y su fuerte mandíbula pareció hacerse más prominente.

—Nada que usted apruebe, estoy seguro.

George sonrió irónicamente.

—Veamos.

—Los tiempos de las divisiones han terminado. Los partidos del centro se han situado a nuestro lado.

—¿Lo cual terminará en...? ¿Un estado de un solo partido?

—El auténtico socialismo.

—¿Y los demás partidos?

—A su tiempo nos seguirán.

Kontos llevaba un elegantemente cortado uniforme del ejército que hacía resaltar sus gruesos bíceps y su enorme pecho. Su gorra, con el cordoncillo brillando como recién pulido, adornaba una cabeza cubierta de un denso pelo negro. El rostro, largo y de mejillas un tanto hundidas, se salaba de parecer excesivamente delgado gracias a la interrupción de un poblado bigote. Su bronceada piel casi ocultaba la fina red de arrugas en torno a los ojos que delataban su edad —mediados los cuarenta, calculaba Claire— mejor que ninguna otra cosa.

—Sin duda —dijo suavemente (George.

—Por esto debo interrumpir mi estancia aquí con ustedes. —Se volvió hacia Claire, y su rostro se iluminó de nuevo—. Es una lástima que tenga que irme. Una auténtica lástima.

—¡Pero todavía quedan cosas por hacer! —exclamó Claire.

—Haré que vuelvan los trabajadores. Este lagarto —señaló con el pulgar al encargado del campamento— va a tener que dejar de calentarse al sol. Irá al poblado, los reunirá y los traerá de vuelta.

—Están los análisis químicos, algunos estudios del suelo, la metalurgia sobre el terreno...

—*Ohi, ohi.* —Agitó violentamente la cabeza—. Todo esto lo haremos en Atenas.

—¿Quién lo hará? Ya sé..., los técnicos de laboratorio del Ministerio. Pero ni siquiera han visitado el emplaza-

miento, no saben nada de lo que tienen que hacer. —Claire se llevó desafiante las manos a las caderas.

—Redacten instrucciones para ellos.

—Siempre hay rasgos idiosincráticos, muestras que deben ser tratadas de una forma diferente. No hay ningún reemplazo a...

—Su griego es excelente —dijo Kontos con una sonrisa apaciguadora, en griego—. Lo comprenderán.

—Vamos, Alex —intervino George—, los análisis del suelo están previstos en el programa, no puede usted olvidarlo.

—Oh, ese programa es ahora una consideración secundaria.

—¡Fue un acuerdo! —exclamó Claire—. Nos queda todavía casi un mes.

—¡Ohi! —Kontos entrecerró los pesados párpados..., una expresión, vio Claire, que hacía que las arrugas que enmarcaban sus ojos se extendieran casi hasta sus orejas. Añadió secamente, en inglés—: Esos programas no forman parte de ningún tratado. Pueden ser anulados.

—El análisis del suelo es... —empezó a decir Claire.

—A mí personalmente nunca me ha gustado ese tipo de cosa. Muy pocas veces conduce a nada concreto en excavaciones de este tipo.

—Bien, eso es lo que usted sabe —empezó a decir George—. Hay muchas cosas aquí que usted no...

—No acabo de entenderlo, Alexandros —se apresuró a interrumpir Claire, cortando el tono ascendente de la voz de George, intentando mantener la discusión dentro de unos límites razonables. Siempre ayudaba el llamarle por su nombre completo, por una simple razón: a los propios griegos les sonaba extraño—. ¿Por qué esas prisas?

Kontos se reclinó contra el jeep, y pareció darse cuenta entonces de que el encargado del campamento seguía aún junto a ellos. Lo despidió con un gesto de la mano.

—Estamos intentando, como dirían ustedes, restringir un poco este tipo de cosas.

—¿Qué tipo de cosas? ¿La arqueología?

—No, no. Los programas de cooperación.

—Ajá —dijo hoscamente George—. ¿Así que el Ministerio está dando las mismas prisas a los franceses en Creta y a los alemanes al norte?

Kontos lanzó a George una pétrea mirada.

—No exactamente.

—De modo que esta política restrictiva va dirigida especialmente a los americanos.

—Yo no diría eso.

—Pues es lo que ha dado a entender —dijo acaloradamente George.

—El Ministerio ha enviado un *tilegraphima*, un cable, a la Universidad de Boston...

—¿Qué? —Claire retrocedió un paso.

—...solicitando terminar lo antes posible con esta excavación.

—Vaya, me pregunto quién le pidió al Ministerio que hiciera eso —dijo sarcásticamente George.

Kontos enrojeció furioso..., pero no azarado, observó Claire.

—¡Las decisiones son tomadas colectivamente!

—Oh, sí. ¿Quién decidió que volviera usted en un jeep? —preguntó George.

—Me fue asignado. Soy un oficial del ejército, tengo derecho a él.

—Interesante —dijo lentamente George— la forma en que están haciendo a todo el personal del Ministerio mayor Fulano y capitán Zutano.

—Estamos movilizandó nuestra sociedad. Haciendo que cada ciudadano sea consciente de su deber y se sienta honrado de servir.

Kontos permaneció rígidamente erguido, girando conscientemente su cuerpo para mirar de frente a George..., los

brazos ligeramente adelantados sobre el pecho, la barbilla alzada para acentuar los cinco centímetros de ventaja de su estatura. Claire decidió intervenir entre los dos hombres, que ahora se miraban fijo, con creciente hostilidad. Dijo en un tono vivo:

—George, ¿te importaría ir a cerrar la tumba? No me gusta dejarla abierta así, sin nadie por los alrededores.

George la miró inexpresivamente, aún prendido de su enfrentamiento con Kontos.

—¿Cerrar la tumba?

—Sí, eso es. Mientras tanto, me gustaría mostrarle al coronel algo de esa cerámica.

George no dijo nada. En el tenso silencio, un pájaro se puso a cantar a todo pulmón desde un cercano hojarazno. Claire alzó una ceja en lo que esperó fuera una clara señal para George. Este la vio y tragó saliva.

—Creo que estamos haciendo el ridículo aquí —dijo amargamente. Echó a andar, mirando ocasionalmente a los otros dos por encima del hombro.

Kontos murmuró educadamente, recuperada su compostura:

—Su amigo se acalora muy fácilmente.

—Usted no ha sido tampoco la razón personificada.

El hombre suspiró audiblemente.

—Estoy sometido a presiones. Usted lo entiende, usted habla nuestro idioma, eso tiene que permitirle comprender un poco la forma en que pensamos. Vamos —hizo un gesto y echaron a andar hacia el campamento—. Este cable, era necesario..., ¿cómo lo dicen ustedes? En diplomacia se dice... enviar una señal.

—¿A quién? Aquí puede decírnoslo a nosotros.

—A la gente que les gobierna, aunque puede que ustedes no lo sepan, Claire.

—La Universidad de Boston no me «gobierna» a mí, Alexandros.

—*Ohi, ohi*. Me refiero a su gobierno. Los hombres que están tras él.

—Una pequeña expedición conjunta...

—Hay gente que puede resentirse de ello. La diplomacia es algo sutil, querida.

¿*Tan sutil como tú?*, pensó irónicamente Claire. Pero hizo que su rostro permaneciera impassible.

Llegaron a la tienda donde era clasificada la cerámica. El hombre mantuvo el faldón de la entrada abierto para ella, en un gesto formal. Entraron, inclinando la cabeza, a la cálida aura amarillenta.

—¿Un poco de té helado? —ofreció Claire, abriendo la pequeña nevera.

Kontos asintió.

—Espero que entienda que esta política no es obra mía.

—Usted tiene la mano metida en ella.

El hombre se encogió de hombros.

—Le aseguro que no deseo nada malo contra ustedes.

—Por supuesto —dijo sarcásticamente Claire, antes de poder contenerse. George había demostrado de una forma definitiva que aquel enfoque no funcionaba.

—¡No es cierto! ¿Con una mujer tan hermosa y encantadora? Imposible para un hombre, para un griego.

—¿Todos aquellos que no son griegos son bárbaros? —preguntó ligeramente Claire, sirviendo el té y sentándose ante la mesa de clasificación. Los trozos de cerámica estaban alineados según su tamaño, curvatura, textura y otras propiedades, sobre la rejilla de la mesa. Sus ojos se perdieron automáticamente entre las piezas, buscando conexiones, fragmentos que pudieran encajar entre sí. El pasado era un rompecabezas, y nunca tenían todas las piezas a mano.

Kontos sonrió ampliamente, agradecido por aquel giro en la conversación.

—Yo no pienso como Aristóteles. Mis colegas extranjeros están muy próximos a mí. —Lo demostró dándose unos